¿Por qué «el otro no importa» y no hay límite orientador?

En esta nota de Pablo Vaca presenta ejemplos actuales de Argentina sobre la dificultad de «ponerse en el lugar del otro». ¿Cuales serían las causales de este individualismo?. Una primera respuesta podría ser que no hay conciencia de las consecuencias, en general y en particular para quienes tienen estos comportamientos así como de los efectos sociales y de «boomerang» que se generan.

Desde la psicología es interesante el enfoque del «complejo de Telémaco» (ver imagen de la entrada con libro que alude al mismo). En esta reflexión de Sergio Sinay expresa que «en su extraordinario ensayo El complejo de Telémaco, el psicoanalista italiano Massimo Recalcati señala que hoy no se puede hablar de complejo de Edipo porque no hay padre con el cual competir, al cual oponerse o matar. El padre ha desertado de su lugar simbólico (muchos, demasiados, también del físico) y con él desaparecieron el legado, la norma, la guía y, dice Recalcati, la ley de la palabra. Esta pone normas, orientación, modelo y propósito existencial. Señala límites y alienta una noción de sentido. No es necesario para ello un padre perfecto ni uno autoritario. Nada de eso. Sí un padre presente que, con sus imperfecciones, se ponga a sí mismo como ejemplo bajo la ley de la palabra. Ausente el padre, en nuestra cultura nace el complejo de Telémaco. El hijo de Ulises, que otea el mar ansiando el regreso de su padre, que partió hacia la guerra de Troya. Telémaco lo espera para que restaure el Cosmos, la armonía, donde se impuso el Caos. Los pretendientes de su madre, Penélope, cometen todo tipo de desmanes y atropellos, devastan el reino de Itaca mientras Ulises no está. Y para regresar deberá sortear todo tipo de peligros y tentaciones, pero lo guía la misma ansia de reencuentro que hace a su hijo salir a buscarlo. Este es el

tema de La Odisea, fundante poema épico cuyos ecos resuenan hoy con potencia».

Más adelante sigue diciendo «los hijos actuales piden restaurar la filiación perdida, esperan al padre, pero éste se niega a ocupar su lugar. En una cultura sin padre y sin la ley que representa, no hay nada a qué aspirar, no hay legado para hacer propio a través de una vida guiada por la ley de la palabra, no hay límite orientador. El padre de hoy, dice Recalcati, es incapaz de expresar el sentido del bien y del mal, de la vida y la muerte. Es un hijo más. Un hijo extraviado. En Olavarría, como en Cromañón, había padres y madres con bebés. Sobran los padres adolescentizados, sin ejemplo ni autoridad (por favor, leer bien: autoridad, no autoritarismo). Sin padre nace la ilusión de que todo está permitido, de que todo es posible. De la ley de la palabra se salta a la ley del goce. Sólo gozar. Y si algo se opone, transgredir. El goce ilimitado enferma los corazones y las almas, es compulsivo, insaciable y vacío de sentido. Crea una falsa sensación de libertad. Donde no hay ley ni límite no hay libertad, porque no hay que elegir. Y es eligiendo ante el límite, y respondiendo a los efectos de la elección, como se nace a la responsabilidad y a la libertad».

En la misma línea va esta nota de Diana Sperling, que vale la pena leer completa. Entre otras cosas expresa que «para poder vivir una existencia plenamente humana, es preciso anoticiarse del límite. No todo es posible, dice la ley. Lo que Freud luego llamará “renuncia pulsional”. El “no” es lo que humaniza, lo que permite al niño transformarse en adulto. La narrativa del Génesis no implica una moralina (en un sentido banal) ni un castigo, sino que transmite el modo en que los hombres antiguos elaboraron la difícil cuestión del nacimiento cultural.»

Si queremos ir hacia un mundo mejor tenemos que revisar este estilo de ser y en consecuencia modificarlo.